

recambio del paradigma evolucionista unilinear por el particularismo cultural que, combinado con el difusionismo, predominará ampliamente en los estudios prehistóricos durante la mayor parte de este siglo.

La labor de Breuil apenas ha tenido relación con los problemas específicos de la arqueología del Noroeste, aunque de un hombre de su curiosidad y capacidad intelectual no podría menos que esperarse alguna referencia, por indirecta que fuese, y en efecto así ha sucedido. En el volumen primero de su monumental obra sobre la pintura esquemática en España alude a la existencia de losas pintadas en un megalito galaico (1933, 56), circunstancia que si por entonces apenas estaba documentada, hoy en día se repite en varios monumentos del Noroeste ibérico. A la información anterior hay que añadir la recensión que escribe sobre la primera obra de conjunto publicada acerca del grupo galaico de arte rupestre, el *Corpus* de Sobrino Buhigas (Breuil 1936). Ya por último, su estancia en Portugal tras la caída de Francia a inicios de la 2ª Guerra Mundial le conduce a efectuar una serie de trabajos sobre las industrias líticas costeras, uno de los cuales (Breuil y Zbyszewski 1942; Breuil et al. 1962) atañe al Bajo Miño y tendrá una duradera influencia en los estudios llevados a cabo sobre los conjuntos líticos del litoral sur de Galicia (Senín 1995, 56), pues aparte de introducir cierta sistematización en el análisis de esas estaciones, incorporará la noción de la inexistencia en el Noroeste de la secuencia industrial clásica durante el Paleolítico, algo que en la actualidad sabemos que es errado pero que se mantuvo vigente hasta hace apenas una veintena de años.

Ya para finalizar, quiero comentar dos cuestiones formales acerca de este texto: en primer lugar, el cariño que deja sentir el autor hacia el biografiado, junto con la fluidez de su redacción que hace de su lectura un auténtico placer, incluso para el no especialista. El segundo aspecto a resaltar es la generosa ilustración que acompaña al discurso, incluyendo numerosas fotografías de época y muchas reproducciones de paneles grabados o pintados que Breuil realizó o estudió a lo largo de su dilatada carrera.

#### Bibliografía

- BREUIL, H., 1933. *Les peintures rupestres schématiques de la Péninsule Ibérique*, t. 1. Lagny-sur-Marne.
- BREUIL, H., 1936. R. Sobrino Buhigas: *Corpus Petroglyphorum Gallaeciae*, Santiago de Compostela, 1935. Recensión en *L'Anthropologie*, 46, págs. 651-652.
- BREUIL, H. y ZBYSZEWSKI, G., 1942. Contribution à l'étude des industries paléolithiques du Portugal et de leurs rapports avec la Géologie du Quaternaire. *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, 1, 23, págs. 319-369.
- BREUIL, H., PAÇO, A. do, RIBEIRO, O., ROCHE, J., VAULTIER, J., FERREIRA, O. da, y ZBYSZEWSKI, G., 1962. Les industries paléolithiques des plages quaternaires du Minho (La station de Carreço). *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, XLVI, págs. 53-131.
- SENÍN FERNÁNDEZ, I. J., 1995. *A investigación do Paleolítico en Galicia. Revisión bibliográfica*, Sada.

Ramón Fábregas Valcarce  
Universidade de Vigo

### Juan Bta. Vilar: *Intolerancia y libertad en la España Contemporánea. Los orígenes del protestantismo español actual. Prólogo de Raymond Carr*. Ed. Istmo. Madrid. 1994; pp. 452

Una obra de esta laya preanuncia su valía bajo tres apartados como mínimo: 1) bajo la ardua marcha de las libertades (de la libertad de cultos, en este caso); 2) bajo las resistencias habidas por gran parte del catolicismo hispano ante tales libertades; 3) y bajo la luz que arroja sobre los propios protagonistas protestantes, sus comunidades y membresías, sobre los orígenes de ellas, desarrollo, dificultades, etc. Huelga decir que J. Bta. Vilar, sin olvidar los dos primeros apartados, se expande sobre el tercero, con acertado criterio. Vale más sopesar la brega de los pies que extienden el evangelio (o "su" evangelio) que llorar la intemperancia de quienes se oponen a ello.

Por eso, del capítulo II al VII iremos descubriendo la aventura misionera, pero ya el capítulo I sirve de excelente síntesis acerca de la España que ha vivido sumida en la Unidad-Uniformidad desde siglos atrás (desde los siglos en que, por el contrario, el rey lo era de las "tres religiones") hasta llegar de puntillas, y con parones, al pluralismo contemporáneo. Tal capítulo I procura, por otro lado, una inestimable ayuda al lector no especializado (y es un punto pedagógico que apuntar al autor). Se nos sitúa así ante la actuación de metodistas y bautistas, ante las Asambleas de Hermanos, entre evangelistas centroeuropeos que llegan a España (primera mitad del siglo XIX), ante la llegada de los primeros cuáqueros y sus relaciones con el impresor barcelonés A. Bergnés, o con Luis Usoz, o ante la visión, *a posteriori*, de los cuáqueros entre el círculo de emigrados a Inglaterra (Blanco White, Gallardo), o ante la visión del *Eusebio*, de Montegón, que bien merece un estudio acerca de lo "extraliterario" de su obra, y de su éxito (proyección hacia un mundo de tolerancia —Filadelfia— visto desde un ámbito uniformista, hispano). Unas páginas breves a propósito de Cayetano Ripoll, y su fin trágico en la horca, muestran la España negra, y en concreto la Valencia negra que vino tras el Trienio.

El capítulo II se halla casi copado por la singular figura de George P. Borrow, teñida de fina ironía respecto al joven Borrow. A partir de 1833, cuando sienta la cabeza y toma contacto con la Sociedad Bíblica, van llegando sus diversos viajes a España. Cavila él cómo hará llegar el Nuevo Testamento al público. Recuerda, a este propósito Vilar que perdidas las traducciones renacentistas de Reina y de Valera, no quedaban otras opciones que las del P. Scío, o la de Torres Amat. La del primero en edición que algunos hemos conocido, leída todavía en refectorios conventuales, editada en tomos y tamaño tales que la hacían imposible de adquirir el gran público. La traducción del Evangelio de San Lucas al romaní (dado el trato de Borrow con la etnia gitana) destaca entre los afanes propagandísticos. Los avatares del vendedor de Biblias por Castilla, Andalucía, Tánger, ocuparán páginas de sus fantásticas pinturas de la vida española en su célebre *The Bible in Spain*. Y junto a Barrow, la actuación de J. N. Graydon en el litoral levantino, Andalucía Oriental, y la misma Málaga. Por supuesto, Gibraltar se traduce en el apoyo logístico de toda operación de los agentes evangélicos de las Islas Británicas. De ahí había salido, posiblemente, a luz la *Apología de la Iglesia Protestante Metodista* (1829) de Dr. G. H. Rule. De la obra evangelizadora de éste trata también el capítulo II. Es curiosa la situación ambivalente del catolicismo en Gibraltar: por un lado, convive y contemporiza con el anglicanismo (al menos, no se enzarza con él, como en el resto de la Península),

pero, por otro lado, guarda un distanciamiento respecto de él. Las *Gibraltar Wesleyan Mission Schools*, los viajes de Rule por España (1836-38), la expulsión del evangelista, su retorno, la capilla de Cádiz, y las empresas publicísticas en las que se volcaba reciben aquí su tratamiento oportuno. Difusión de Biblias en Rule y Graydon que van unidas a un interés por crear pequeñas comunidades, proyectos de colegios.

Precisamente a Gibraltar como foco de irradiación se dedica el capítulo III. Y “Andalucía como cuna de la libertad religiosa en España” compone el capítulo IV. Muy de destacar, puesto que Vilar va dando cuenta de la naciente Iglesia Reformada de Cádiz, y de las características del protestantismo andaluz. Entre éstas, destaca la posibilidad de expansión, precisamente por la desasistencia pastoral y por la escasa formación religiosa que había prestado el catolicismo. O destaca, asimismo, una cierta mediocridad del episcopado andaluz de esa época. O, también, un catolicismo nominal sociológico (unos pocos ritos) más que una praxis o profundización. Precisamente, lo contrario (individualidad, personalismo, interiorización) cultivará la Reforma. Quizás haya que añadir a lo expresado por Vilar una advertencia: sin negar lo anterior, hay que atribuirle a la Reforma, venida de fuera, andar poco preparada para entender tales “ritos” de la religiosidad popular (calificados casi siempre de superchería, y por supuesto, no penetrando en otros aspectos antropológicos de esas expresiones de fe).

Bajo otros puntos de vista son perspicaces las consultas sobre los informes emanados de los jefes políticos, o de los mismos pastores católicos. Las denuncias de ellos nos dejan comprobar que siempre intuyen más los peligros que los aprovechamientos en el conocimiento del evangelio. El fantasma de la desunión, que es el implorado como denuncia, esconde otros miramientos, sin duda, más inconscientes. Profetas de hoy —como Juan XXIII—, mostraban lo contrario: “...en todo, busco más lo que une que lo que separa”. Se explica, entonces, que los mismos reformadores hispanos entendieran como una parusía inmediata el acabamiento de ese catolicismo fosilizado, cuyos días estaban contados según ellos. Una escatología excesiva, sobre todo porque olvidaba que en el seno del propio catolicismo nunca se extinguió el rescoldo de reformarse.

Por otro lado, tampoco habrá que olvidar las contradicciones políticas con que se topaba el protestantismo en aquella coyuntura: por más liberales que algunos políticos se autodenominaran, en bien poco eran propicios a una real apertura. Quizás, como expresaría Mendizábal, porque bastante tenía él con aguantar al clero encabritado, para ahora tener que aguantar más críticas provenientes de las libertades otorgadas a estos reformadores evangélicos. Pero, si algo define a la fe es su tesón. Y así al círculo presbiteriano-calvinista de Sevilla lo vemos respirar. Más aún: se convierte en semillero de conversiones. Hacia el final de la etapa isabelina la ciudad hispalense goza de un núcleo admirable de propagandistas evangélicos. Con frecuencia, dando ejemplo fehaciente. Hace bien Vilar en apostillar con unas cuantas pinceladas algunas de esas biografías: el peluquero Bonhome, convertido en un distribuidor bibliográfico, de Biblias y de panfletos contra el Vaticano (*Preservativo contra Roma*, 1500 ejemplares); M. León, sufrido encarcelado por propagandista, tildado de loco, pero predicador de gentes sencillas; M. Pinto, que abandona el catolicismo y se dedica a la evangelización, a cuidar la naciente iglesia de Sevilla... Quizás, uno de los bienes de esta obra del Dr. Vilar resida en rescatar nombres humildes del silencio (al menos del silencio fuera de sus propias iglesias). En días de ecumenismo, como los de hoy, esta historia humana merece mucha alabanza.

Con el capítulo V, acerca de Cataluña, Baleares, Valencia y Murcia nos hallamos, igualmente ante los orígenes: J. M. Prat y sus traducciones del Nuevo Testamento al catalán, las primeras ediciones londinenses (1932-1835), la catalana (1836), las ediciones del P. Scío (1837). La del editor Bergnés de las Casas será decisiva, puesto que la difusión por el litoral mediterráneo proviene de Cataluña, en donde el resurgir de una formación católica está también urgiendo pedidos de Biblias de formato y costo asequibles. En este ambiente sobresale la figura del catalán Francisco de Paula Ruet. Reformador del cual beberán figuras posteriores como Matamoros, Carrasco, Trigo, Alhama,

y otros. Ruet fue más que nada un “emisario de la palabra”, función que hubo de demostrar aun en defensa propia en los cargos y destierro que le vinieron encima. A su estela, A. Vallespinosa —como Cabrera en Sevilla— logrará abrir el templo de San Pablo en la ciudad condal cuando arriba el Sexenio Democrático, y las libertades de cultos se plasman en textos legales (etapa que cae ya fuera de la órbita de esta obra).

De Menorca descuella la coyuntura de convivencia, al andar bajo dominación británica parte del siglo XVIII. Una etapa fructífera, merced a la tolerancia de ambas confesiones. Cuando en 1782, se regresó a la situación de dominio hispano, las prohibiciones hicieron su agosto. De Alicante puede decirse que fue siempre ciudad mimada por la propaganda bíblica. Con Cartagena se equipara en la comunicación rica por el puerto, pero también en la comunicación por ferrocarril desde Madrid, que en esos años isabelinos ha cumplido su trazado. En tales ciudades —y en muchas otras— el lugar más seguro de reunión provenía siempre de las casas consulares, al amparo de las respectivas banderas. Anotemos, sin embargo, que quizás, en Alicante como en Cartagena existen dos áreas: una, de la ciudad y sólo la ciudad; la otra, todo lo demás. La provincia de Alicante más rural, más dominada por la diócesis de Orihuela, se convierte en terreno difícil para la entrada del protestantismo. Y peor aún, si huele a inglés, con los desmanes pasados en la Guerra de la Independencia. En Alicante J. Vázquez y T. Kelly se encargan de la provisión de propaganda. A Valencia (1837) Graydon llega con 500 Biblias y 100 Nuevos Testamentos. Los diversos pueblos (Denia, por ejemplo) si disponían de un colectivo técnico-profesional extranjero (de vinos y pasas) tenían más probabilidades de difusión. Respecto a Murcia, dos hechos son evidentes: las intemperancias de Graydon, por un lado, en su crítica anticatólica, junto a su inquebrantable celo (con detención y expulsión al canto); y por otro lado, la importancia de Cartagena como foco protestante. El mismo Graydon, aunque quiso desmentirlo, parece que había introducido 12.430 ejemplares de publicaciones por el puerto. Pero es más de destacar la coyuntura cartagenera (minas, alto número de personal especializado extranjero, fundiciones, carácter mercantil e industrial, línea regular de suministros de carbón y plomo con Inglaterra, etc.). Junto a la ayuda del cónsul CH. W. Turner se hizo posible que J. Vázquez se llegara acá en 1850, y que en 1868 con pastores como F. Orejón y M. Trigo se pusieran los cimientos de la eclesiogénesis en la ciudad departamental. De hecho, el *Cementario de los Ingleses* ha perdurado hasta fechas recientes como reliquia del siglo XIX.

A Madrid y a las periferias norteñas se acoge el capítulo VI. Antes de 1833 no parece existir actividad organizada en la capital. Los cultos esporádicos se circunscriben a los domicilios de los agentes extranjeros acreditados, y la embajada de Gran Bretaña dispondrá tanto de capilla como de capellán. Pero la España de Fernando VII, y el restablecimiento de la Inquisición, desataban las delaciones. El Dr. Vilar alude aquí a un colectivo menos observado: el de los extranjeros convertidos al catolicismo (quizás, algunos por razones de conveniencia). Como en otros tiempos y con otros conversos (judíos, moriscos), no escaparon ahora los reformadores a la mirada inquisitiva de los censores, quienes se fiaban poco de esas conversiones. Tal ocurrió con J. Bta. Bernier, J. D. Frank, J. A. Weber, J. Berard y otros. El hecho, de todos modos, es complejo y no puede ser juzgado en una sola dirección. Vila apunta que al mismo clero madrileño no le agradaba esta mezcla y convivencia, y no tanto por el contagio herético posible, cuanto por la ambigüedad resultante. Durante el Bienio Progresista, la reactivación protestante se muestra tanto en la creación de un Comité para el Fomento de la Evangelización en España como en ediciones madrileñas de las traducciones de Scío u otras, o en la predicación en barrios periféricos, que eran siempre los menos atendidos por el clero católico (además de los más fáciles de burlar de cara a la policía). Recordemos ahora que Luis Usoz y algunos otros tenían a Madrid, y en torno a sus personas, grupos afectos a la Reforma. Todo ello al tiempo que Usoz preparaba sin cesar su monumental *Colección de Reformistas Antiguos Españoles*, hasta su muerte en 1865.

En el Norte lo tuvo difícil el protestantismo. No en vano fue siempre un semillero de fuerza católica. Galicia, a pesar de su atraso en tantos niveles, ofrecía quizás por ello un ámbito cerrado no muy

permeable a ideas reformistas. Lo que no obstó para que Vigo, por ejemplo, fuera desde 1850 —y sea hoy— uno de los centros más importantes de la Península. Tampoco el País Vasco fue propicio a la Reforma, a pesar de la abundante colonia inglesa en Bilbao (consignatarios de buques, personal cualificado de fundiciones, etc.). Con el tiempo se logró un pequeño cementerio que adquirió el gobierno británico. Los cultos tuvieron cierta regularidad (antes lo fueron en el consulado inglés) en la década final isabelina. Los calvinistas y luteranos de Francia, a pesar de la proximidad, tampoco obtuvieron éxitos de consideración.

Finalmente, el capítulo VIII nos habla de la consolidación de la Reforma en Andalucía, y del despegue de la II.<sup>a</sup> Reforma en España. Los años 60 marcan esta etapa, y será Málaga el lugar preferente de esa eclesiogénesis. Además, desde Málaga se lanzará la proyección exterior de las convicciones protestantes (la pervivencia de los focos disidentes cumplirá en ello su papel en Málaga y Granada) hasta Guadix y Almería. En cuanto al modelo eclesiológico de las comunidades, o membresías, Vilar señala la condición asectaria, el espíritu de "iglesia libre", e "iglesia de pueblo". Lo que chocará un tantico cuando observamos que buena parte de la estructuración huele a romántico. Y no sólo porque figuras destacadas proceden de ex-sacerdotes (Cabrera, Soler, C.<sup>o</sup> Martínez), sino por la eterna tensión dialéctica (aventuramos nosotros) entre Institución y estructura de base, temiendo siempre Dispersión frente a Unidad. Tema crucial siempre. Vilar anota que en el ánimo de los disidentes andaluces andaba presente "sustraerse al peligro de la dispersión sectaria". Manuel Matamoros, uno de los padres de la II.<sup>a</sup> Reforma en España, era el primero en verlo, quizás porque pesaban en él las experiencias observadas en su periplo por Francia y Suiza.

Acaba la obra el Dr. Vilar con una loa a los hombres entregados a la causa evangélica (el escolapio y alicantino Cabrera entre los más grandes), prosigue con una crítica a los denostadores tradicionales (el joven Menéndez Pelayo entre ellos), y cierra con una imparcialidad: la de admitir que, con luces y sombras —nadie era tan santo— hubo en muchos de estos testigos "integridad por encima de toda sospecha".

Raymond Carr recoge, en el prólogo, que las vísperas de 1868 que en la obra se ofrecen cuadran con el deseo de Prim, mirando a la Constitución de 1869. Le diría éste a Cabrera: "Desde hoy en adelante habrá libertad en nuestra patria. Cada hombre será dueño de su conciencia". Precisamente a desbrozar ese camino colabora el Dr. Vilar como pocas veces se ha hecho en la historiografía. No sólo porque escritos sobre el protestantismo español sean excepciones, sino por lo excepcional de esta monografía. Cuando hace unos años, Vilar ya publicó algunas páginas sobre el tema, se preanunciaba esta obra más definitiva. A esta luz, en fin, pueden entenderse actitudes y persistencias llegadas hasta nuestros días en la relación de católicos y protestantes. Si la relación hubiese sido otra, muchas comprensiones y coexistencias nos habrían beneficiado.

Francisco Henares Díaz

## NORMAS